

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXI - Julio-Agosto de 1954 - Núm. 349-350

Puntos de vista

Don Jacinto Benavente (1866-1954)

EN el año 1946, estuvo, por última vez, en Chile, don Jacinto Benavente. Acompañaba a la Compañía de Comedias de Lola Membrives y ya era un viejecito de pulcra vestimenta, que llegaba, a pasos cortos, al escenario, a recibir los aplausos. La actriz Lola Membrives dió algunas de sus obras más importantes. Desde luego, la "Malquerida" y otras de típico teatro burgués en que se hacía la caricatura del arte moderno. Hay en Benavente un reír asordinado cuyo sonido frente al teatro grandilocuente, es análogo al que hizo Cervantes con su "Quijote", saliendo, sin salir, de las medievales historias de caballerías. Interrogado por un periodista acerca de cuál consideraba la época más feliz de su vida, Benavente respondió que la vejez, su vejez. En la juventud, se desean muchas cosas que se logran con la gravitación de los años, con el tesón sostenido durante una existencia dedicada a la creación artística. Don Jacinto Benavente vivió ochenta y ocho años y tuvo oportunidad de asentar las llamas de

su genio en la dramática y siempre renovada historia del arte.

Pero la impresión de este viejecillo que se pasea por el proscenio de un teatro iberoamericano, ubicado en la baranda más lejana del mundo, frente a la inmensidad del Pacífico Sur, sería incompleta y superficial, a pesar de la ligereza inherente a estos Puntos de Vista, si no hurgáramos en la vida humana y literaria del autor. Don Jacinto Benavente fué hijo de un médico pediatra, no de un tratadista, sino de un galeno formado junto al sudor de sus pequeños enfermos, de tanta fama y prestigio que dejó a su hijo una regular fortuna. Esta condición económica permitió al futuro dramaturgo llevar una vida tranquila, sin descender a la bohemia sucia y famélica, ni asilarse, como buho de cornisa, en la burocracia. La excesiva demanda profesional del padre no permitió que se inmiscuyera demasiado —tal vez para fortuna del artista— en el destino didáctico de su hijo y que lo abandonara, llevado por la muerte, estando el vástago en plena juventud. Benavente estudió en el Instituto de San Isidro y en la Universidad, sin alcanzar el título de abogado que, sin duda, en España, como en América abre las válvulas de la satisfacción burguesa. El mozo viaja por Europa, es empresario de circo en Rusia y peregrino de los clásicos senderos del arte que son la lectura voraz y la observación silenciosa y paciente de la vida. Ambas inquietudes, sin divorcio posible, afirman su obra medular en la literatura española que le vale el Premio Nobel de 1924.

La actividad literaria de Benavente que hoy muchos

refieren con rapidez de nombres y mención fugaz de temas, no la realiza el dramaturgo con dinamismo de invasor, ni éxito fulminante de estrella cinematográfica. Desde sus "Cartas de Mujeres", establece un tono de ironía y hondo psicologismo que llama la atención a una España que oscila entre los extremos grandilocuentes de un José de Echegaray y el prosaísmo burdo que parece existir en todas las épocas y en casi todos los géneros artísticos, como expresión inconfundible de la vulgaridad humana ansiosa de imponerse. Benavente es el equilibrio entre esos dos extremos y puede enlazársele quizás a los comediógrafos franceses anteriores a la guerra de 1914, que refrescaron los nervios saturados hasta la insensibilidad, con los compases métricos de Racine. Esta misión de equilibrio, de lenguaje irónico que zahiere y critica, sin énfasis de dómone moralizante, a una aristocracia, a una clase media; que retrata una puebla de labriegos, en sus vivencias más puras, la cumple Benavente a través de una vida larga, con lapsos fecundos de creación; pero sin prisa, señor de esos ocios físicos que tanto asustan a los maestros de la energía anatómica, como mecanismo de progreso. Tan vasta es su vida y su obra, que cuando se le recuerda, se le ubica en un café diciendo frases memorables de humor lapidario, o se le asocia a la "Malquerida" y a los "Intereses Creados", sin recordar que se inició como poeta epicúreo y tradicional, que escribió sainetes, comedias, dramas, piezas infantiles, todo el registro del arte dramático; que practicó el periodismo y la crónica en libros, que tradujo a escritores franceses y las obras completas de Shakespeare. Sus poe-

mas iniciales acompasaban sus estrofas en plena época de Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla; cuando yerguen sus trompetas de cristal Salvador Rueda y Rubén Darío. Sus obras de teatro —ya lo hemos dicho— pretenden renovar gustos arraigados, costumbres estéticas o que no alcanzan a categorías de tales y en el presente empiezan a ser vulneradas por las eternas mareas renovadoras del arte. El teatro es efímero ha escrito Jean Louis Barrault. Desde el escenario que en una hora se repleta de comparsas y en seguida queda hueco, húmedo y solo, hasta las obras que un día se aplauden y después se olvidan, todo se identifica con la propia condición perecedera del hombre. Don Jacinto Benavente como renovador del teatro español, cumplió esa hazaña de actuar una vida extensa en unión dinámica con el público, sin los matices ni las sutilezas benignas que permite la distancia entre autor y lector, si se trata de la obra de un novelista o de un poeta. De ahí que la vida del creador de los "Intereses Creados", "Señora Ama", "Los malhechores del bien", "La Loba de los Sueños", tenga mucho de una gesta personal que va desde la resistencia del público, habituado a otros goces, en sus estrenos iniciales, hasta el éxito relativo de sus últimas obras sazonadas con el desenfado experto de la vejez, limítrofe con lo trivial.

En estos países de la América española, tan próximos de la Península, por las vías devotas del afecto cultural, por la amarra entrañable del idioma y los lazos de sangre, se han seguido los últimos instantes de don Jacinto Bena-

rente, como un suceso íntimo, familiar, a pesar de la rapidez del mundo moderno. Pocos ignoran que en su postrera mañana se levantó al alba, que abrió las páginas de un libro y que en seguida su prodigiosa cabeza se reclinó inerte.